

**GANADORA AUTONÓMICA**



## **SIN TÍTULO**

Teresa López Cuesta

**Colegio Agustiniano (Madrid)**

Tic, tac. Cada segundo que marca el reloj me eriza el vello de la nuca. La sangre me recorre las venas como plomo. Gotas de sudor frío me resbalan por las mejillas. Tic, tac. El corazón oprimido lucha por seguir latiendo al ritmo de mi acelerada respiración, mientras mi mente imagina el inminente destino.

Todo ocurrió un día como otro cualquiera. Nadie sabía cómo ni por qué habían desaparecido todos los diccionarios del planeta. Supuso una gran pérdida, pues desaparecieron las palabras, en todos los idiomas y dialectos. Todos eran conscientes de que si no se hacía nada al respecto la humanidad perdería la capacidad de hablar, de comunicarse. Cuando escuché la noticia era tan solo una cría de diez años. Sin embargo, me hizo reflexionar. ¿Acaso era tan importante una montaña de hojas llenas de definiciones? Aquello no podía ser del todo cierto. Comencé a investigar, a observar a las personas, y por fin nació en mí una idea completamente nueva. Pensé que cada persona guarda en su interior un diccionario. Es un diccionario de sentimientos, experiencias, realidades, sueños. Cada uno de ellos puede transformarse en bellas palabras, con significado aportado por cada uno de nosotros. Pensé en un mundo en el que una persona nunca muere para siempre, sino que su vida abandona su cuerpo para transformarse en cada una de esas letras que formarán el libro de su existencia. Con esta nueva concepción del mundo puse en marcha un proyecto al que llamé “Una persona, un diccionario”. Logré convencer a las autoridades para que me ayudaran con investigaciones. Y crearon las máquinas de sentimientos. Pero, deseosos de obtener beneficios con los diccionarios, no tuvieron en cuenta la moral, y crearon un verdadero artefacto de destrucción humana.

Tic, tac. Oigo pasos que se aproximan. El miedo me invade por completo, extendiéndose por cada partícula de mi ser. Decido ser valiente. No dejaré que disfruten con mi sufrimiento. Entonces se abre la puerta. Varios hombres entran en la sala y me obligan a seguirlos. Me meten en una cámara muy estrecha y cierran las puertas. De repente, una corriente me atraviesa y noto un intenso dolor. Poco a poco

esa corriente me va consumiéndome. Pierdo todo mi color, el brillo de mis ojos. Mis sentimientos se desprenden de mí. Ya solo me queda el dolor, que me obliga a sentarme en posición protectora, pero aquel tormento no para. Las lágrimas se escapan de mis ojos y me aferro a lo único que me queda: los recuerdos. Pienso en el cariño de mis padres y de mis amigos, en los buenos momentos de mi vida. Me agarro a ellos por temor a perderlos también. Entonces la máquina para y el mundo se desvanece a mi alrededor.

Despierto en una cama, pero no sé dónde estoy. Una mujer entra y sonrío al verme. Se sienta a mi lado y me explica lo ocurrido: me habían elegido, por mi fuerte carácter, para formar un diccionario, junto con veinte personas más. El experimento consistía en quitarme mis ilusiones, sentimientos y recuerdos para construir con ellos palabras y definiciones. Sin embargo, mi tesón por vivir había destruido la máquina, y había permitido a los gobernantes darse cuenta de su gran error.

Ya estoy recuperada del todo. Han pasado meses desde que me atraparon. Con paso tranquilo me dirijo a la nueva Real Academia de la Lengua. Mis pies rozan suavemente la arena. Ha muerto una persona y, como es ahora costumbre, la han colocado sobre el mar. Veo que, poco a poco, de ella van surgiendo letras, palabras e imágenes. Un libro abierto sobre la arena va recogiendo todo, hasta que el cuerpo desaparece por completo. Después, un hombre escribe el nombre del fallecido en la portada. Ese libro pasará a formar parte de la Real Academia de la Lengua, situada ahora en la orilla del mar, como nuevo diccionario de vidas que preservará la cultura de la humanidad. Sonrío complacida y, como enviada de la lengua, vuelvo al lugar del que procedo: las palabras.